



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

MEMORIA DEL AMOR

KIRSTEN THORUP

TRADUCCIÓN DE BLANCA ORTIZ OSTALÉ

e
errata naturae

ÍNDICE

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2022
TÍTULO ORIGINAL: *Erindring om kærligheden*



© Kirsten Thorup & Gyldendal, Copenhagen 2016
Published by agreement with Gyldendal Group Agency

© de la traducción, Blanca Ortiz Ostalé, 2022

© Errata naturae editores, 2018
c/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-98-7

DEPÓSITO LEGAL: M-36178-2021

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: *Force de gravité*, © Alexandra Levasseur

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

I	7
¿DE DÓNDE VENGO?	9
¿QUIÉN SOY?	31
HAMLET	38
SECUESTRADA	50
TURISMO ACCIDENTADO	61
MATRIMONIO DE CONVENIENCIA	76
VANDALISMO	89
II	99
CONTACTO DIRECTO	101
HUÉRFANA DE HIJA	147
EN SENTIDO FIGURADO	191
FRIKI DEL ARTE	243
LENGUAJE CORPORAL	279
III	319
DÍAS CONTADOS	321
EN CAÍDA LIBRE	375
OBJETOS PERDIDOS	407
LA VIDA VUELTA A EMPEZAR	457

¿DE DÓNDE VENGO?

Mi padre tenía la firme convicción de que los documentos importantes debían conservarse para la posteridad. Había ido guardando con esmero todas y cada una del medio centenar largo de tarjetas navideñas, felicitaciones de cumpleaños y postales veraniegas que los miembros de la familia enviaban cada año, las cartas semanales de mi hermano mayor mientras fue aprendiz en Haderslev (por aquel entonces, sólo se usaba el teléfono para llamadas locales y de corta distancia) y mis cartas, raras e ilegibles, desde el extranjero. Aquella joven que fui debió de pasarlo mal, muy mal. No conseguía reconocerme en esos garabatos informes. ¿Acaso escribía drogada y no era capaz de sostener ni un bolígrafo? También había una carta sin enviar de mi madre a mi yo de trece años, un texto desesperado en el que me suplicaba que abriese de una vez la boca y le hablase en lugar de menear la cabeza arriba y abajo y de un lado a otro cada vez que me preguntaba algo. ¿Qué me había hecho ella para que me comportase así? ¿De verdad era tan despiadadamente desgraciada ya desde tan tierna edad?

El envío, una caja de cartón recién comprada envuelta en un papel recio de color marrón y atada con un cordel anudado

con primor, incluía también los diarios de mi madre en los años previos a la guerra. Mi padre, que había asumido el papel de archivero de la familia, no veía razón alguna para pedir permiso a mi madre antes de hacerme llegar aquellas notas personales de sus primeros años de casada y la infancia de mis hermanos. De todos modos, ella le habría dejado hacer lo que quisiera con los diarios. Yo estaba segura de que no sólo había olvidado lo que decían, sino incluso que existían. Mi madre había vivido al día, meciéndose despreocupada en el mudo vaivén de los segundos. Yo la envidiaba, con su naturaleza etérea y su paso leve. Siempre levitando sobre las aguas, como si tuviera un hogar secreto muy lejos del terrenal. En impúdico contacto con el mundo espiritual. O tal vez más bien con Dios y la eternidad. Por mi parte, yo no estaba en contacto con nada de nada, pero flotaba inquieta entre las cuatro paredes de las estancias vacías de una casa donde nunca había nadie.

No me había ofrecido a asumir la responsabilidad de todos esos recuerdos de aquellos tiempos dorados. ¿Qué pretendía decirme mi padre? ¿Algo que no era capaz de pronunciar en voz alta? Además, ¿no sería antes bien mi hermano quien tenía prioridad a la hora de heredar los papeles familiares? Consideré la posibilidad de leer los diarios de mi madre, aunque, en realidad, eran de una época en la que yo, la hija tardía, el accidente, la vergüenza, ni siquiera era un concepto. Por entonces, los hijos se tenían pronto, y una embarazada de más de cuarenta años constituía un alarde de actividad sexual fuera de lugar en un matrimonio que debiera haberse sosegado tiempo atrás. El que una pareja trajese hijos al mundo a tan proveya edad resultaba algo inaudito y comportaba desagradables asociaciones de ideas: clases sociales bajas que no habían aprendido a contenerse y, sin detenerse a pensar en su

edad o su sexo, se revolcaban en la paja del catre sin la menor consideración.

El embarazo de mi madre se llevó en secreto. Ni siquiera sus hermanas tuvieron noticia de él hasta los últimos meses. Cuando ya no fue posible seguir ocultando su creciente barriga, mi padre le prohibió mostrarse en público. El chico de los recados les llevaba los pedidos del colmado y de la carnicería. Todo el pueblo sabía de su estado, y corrían diversas habladurías sobre el extraño secretismo del quiosquero. Apenas dos años antes, la mujer del electricista había tenido gemelos con cuarenta y dos años y a nadie le había parecido mal. ¿O sí? ¿No murmuraba la gente y cuchicheaba por las esquinas entre risas maliciosas a espaldas del electricista? ¿No fue la hazaña de aquel hombrecillo compacto motivo de entretenimiento aquel verano? Y, para colmo, mi madre le sacaba un año a la mujer del electricista y mi padre acababa de cumplir los cuarenta y ocho. Como para ponerlos en la picota en plena calle Mayor.

Fui la criada de mi madre desde mi más tierna infancia hasta que entré en la escuela secundaria y empecé a rebelarme, me negué a fregar suelos, limpiar cristales, picar perejil y cortar cebolla. Yo era su pinche. Pelaba y picaba. Ella freía y horneaba. Hacía una comida deliciosa, pero jamás me inició en los secretos del arte culinario. Había sido sirvienta; primero en la pequeña granja de su padre, a la muerte de su madre, cuando ella tenía tan sólo trece años, y luego en otras más grandes, lejos de su hogar. Ahora imitaba a las mujeres a las que había servido antes de casarse y representaba el papel de «señora de la casa», convirtiéndome así en una versión más joven de sí misma. El único papel que había conocido y que podía legarme era el de criada.

Antes incluso de que yo empezara a ir a la escuela, mis padres ya llevaban dentadura, peinaban canas (aquí y allá) y usaban gafas bifocales. Mis compañeros de clase se compadecían de mí: «Lástima que tengas unos padres tan viejos». Yo intentaba hacerles creer que, en realidad, eran mis abuelos, pero aquello no iba a ningún sitio. En las largas tardes de invierno, la historia de cada casa y cada familia se contaba del derecho y del revés, pues el punto y la costura (al contrario que las cartas, con su propia dialéctica) exigían un sólido acompañamiento de habladurías.

A mí, en cambio, no me costaba ningún trabajo convencerme de que mi madre y mi padre eran mis abuelos. Y, a medida que fueron pasando los años y me convertí en *teenager* (palabra que mi madre no soportaba porque era impronunciable y concedía a los jóvenes demasiada importancia), su conducta cada vez me parecía más retrógrada. Ella, por ejemplo, decía cosas como que si me quedaba embarazada antes de tiempo, lo último que debía hacer era dar al bebé en adopción o mandarlo al orfanato. Tenía que llevarlo a casa inmediatamente. Ya lo cuidaría ella. Yo la odiaba por irrumpir así en mi vida privada e intentar vadearla con sus botas enormes y embarradas, y el hecho de que se atreviese siquiera a insinuar la posibilidad de que tuviese vida sexual a la edad de trece años me resultaba repulsivo y vulgar. Nunca estaba segura de qué se le iba a ocurrir, así que empecé a evitarla. Hasta ese punto me desagradaba. Su cuerpo me causaba tal repugnancia física que no soportaba tenerla cerca. A la menor tentativa de acariciarme el pelo o darme una palmadita en la mejilla, me apartaba.

Yo trataba de salvar la distancia que había entre nosotras a fuerza de (a menudo malogradas) provocaciones. Un día, sin ir más lejos, le pregunté cómo se masturbaban las mujeres.

Sin pestañear siquiera, me explicó con calma y objetividad que podía usar un pegote de la masa para hacer el pan o una zanahoria medio hervida. Cuando intentó ahondar en la utilización de tales recursos, me escabullí a toda prisa y salí de la cocina dando un portazo. No podía con ella. Estaba hecha de una pasta especial. De telaraña, baba de pájaro y pasos de gato. Algunas veces me he preguntado si aquello de la masa y las zanahorias se lo habrían enseñado las cocineras de las granjas. Siempre andaba tratando de explicarme el comportamiento de mi madre. No alcanzaba a comprender por qué las estrictas normas y reglas de nuestro pueblo no contaban para ella. ¿O es que sólo conmigo se liberaba y se mostraba tal como era? Tal vez yo fuese su única amiga y confidente.

Cuando, al acabar el instituto, me fui a Londres a estudiar teatro durante el día y trabajar de noche en un bar, empezó a languidecer hasta convertirse en una sombra de sí misma. Todo lo desconocido le daba miedo, y la aterrorizaba que me ocurriese cualquier calamidad. Describía con gran detalle cada una de las desgracias que podían abatirse sobre mí. De nada servía que yo la tranquilizara recordándole que hablaba el idioma y que compaginaría sin el menor problema las clases con el trabajo nocturno. Si me habían permitido continuar mis estudios mucho más tiempo que a mis hermanos, protestaba ella, no era para que me fuese lejos, sino para que llegase a maestra del pueblo y cumpliera con el sueño que ella no había tenido a su alcance.

Mi madre era muy aplicada escribiendo cartas, pero durante el año que pasé fuera no me envió ni una sola. No le quedaba tinta en la pluma, afirmaba, ya no entendía a la gente (léase a mí). La que sí me llegó fue una en extremo formal de mi padre en la que muy brevemente me comunicaba que la

habían ingresado en un hospital psiquiátrico y que uno de los motivos había sido mi prolongada ausencia. Yo la veía, corta de talle y siempre enfundada en vestidos con forma de tonel (en verano de tonos claros y con manga corta y en invierno con manga larga y de tonos oscuros, siempre el mismo modelo que cosía la modista del pueblo), y la imaginaba tirada en la acera, en la puerta de la tienda, hasta que una ambulancia iba a buscarla y se la llevaba. Quizá fuese un intento desesperado de llevarme de vuelta a casa. Conocía bien las tretas poco ortodoxas que empleaba si se sentía amenazada, la oscuridad y las sombras que encerraba en lo más hondo y que quedaban ocultas por la luz que irradiaba. Se mantenía en un sutilísimo equilibrio entre el bien y el mal, entre ángeles y demonios. ¿Cómo sería capaz de vivir en semejante campo de batalla espiritual y al mismo tiempo tomarse la existencia con tanta ligereza? Nunca se cansaba de cenas informales, veladas y cafés de mañana o tarde con las señoras del pueblo, algunas de las cuales eran lo que hoy en día entendemos por amigas. ¿Es que su mundo interior era mucho mayor que el exterior, de tal modo que dejaba su ingente carga de trabajo en casa y en la tienda de mi padre reducida a una mera fantasía?

De una cosa no me cabía la menor duda: si se le hacía una pregunta concreta, no respondía. Se limitaba a fingir que no la había oído. O, cuando le daba por ahí, se iba por las ramas. Si me interesaba por su infancia y su juventud, por cómo había conocido a mi padre o por mi tardío nacimiento cuando ya estaban próximas sus bodas de plata, meneaba la cabeza de un lado a otro y no decía absolutamente nada. No había nada que contar, no había sucedido nada especial, lo que cualquiera puede imaginarse. Invéntate tú algo, escribe un poema, me contestaba, y me miraba sin verme con los ojos fijos en algún

puntito negro que, por detrás de mí, bailaba para ella una danza élfica y se inclinaba después como ante una reina. Yo imaginaba que mi madre entraba y salía de los cuentos a su antojo. No era de este mundo, y era, al mismo tiempo, mucho más carnal y más mundana que otras personas. Nada encajaba con ella. Era lo uno y lo otro, todo y su opuesto. Yo era y seguiría siendo pequeña a su lado.

Mi madre sentía debilidad por la filosofía, cuyas enrevesadas abstracciones veía como evocaciones divinas. De pronto, y sin previo aviso, podía ponerse a soltar teorías y aforismos a medio digerir pasados por el tamiz de su cualquier cosa menos fiable memoria. Despreciaba lo aceptado de antemano, lo que no era susceptible de debate. Lo cuestionaba todo, pero rendía culto al «destino» con la entrega de un fanático. Me encantaba oírle explayarse en reuniones familiares o con nuestras amistades. Carecía por completo de esa timidez que a mí me refrenaba hasta lo enfermizo. De nada servía que me inculcase que no había que encender una luz para ponerla debajo de un almud, en palabras de Jesús¹. Pero para él resultaba muy fácil, seguro que era como mi madre, que decía lo que le venía en gana sin miedo a «escandalizar» ni a ir en contra de la opinión dominante. Cuando hablaba se exaltaba y acababa gritando tanto que mi padre, abochornado, tenía que hacerla callar.

Uno de sus caballos de batalla eran los marginados de la sociedad, que en su opinión eran los mejores; sentía por ellos un cariño muy especial. Como los políticos no hacían nada por esas criaturas en peligro, se veía obligada a tomar cartas en el asunto personalmente. Se presentaban en la puerta de su cocina pidiendo algo de comida o dinero para aguardiente, y

¹ Mateo 5, 15. (Todas las notas son de la traductora).

algunos se sentaban a la mesa y se dejaban agasajar. A veces pasaban horas charlando con ella de lo difícil que es la vida y del sentido de todo el sufrimiento que hay en el mundo. Aquellos vagabundos, o, como también los llamaban, trotamundos, eran fuente de admiración y temor. Por lo general, soportaban una suerte cruel que lograban convertir en una moneda fuerte acuñada en una filosofía de vida que las amas de casa y las campesinas les trocaban por lo más básico. Mi madre los escuchaba con paciencia y les ofrecía apoyo y también obstinación. Jamás daba su brazo a torcer, algo que mi padre calificaba de fanatismo.

Una de aquellas «aves libres», un hombre de cara pálida como la de un muerto y ojos hundidos como agujeros negros bajo una calva abombada, venía con más regularidad que los demás. Mi madre decía que antes tenía la voz de un ángel, pero eso, por desgracia, no le sirvió de mucho cuando el infortunio se abatió sobre él, y acabó dándose a la bebida. Sentía mucho aprecio por Louis, y me lo contagió a mí. Era más joven que ella, pero su rostro demacrado y su mala pinta hacían que concretar su edad fuese casi imposible. A menudo se burlaba de sí mismo con una inquietante risa de viejo. Le costaba estarse quieto en la silla, y empleaba todo el cuerpo cuando hablaba. Cuando la vehemencia le iluminaba el semblante, adquiría aires de jovencuelo.

Mi madre no me contó quién era ni que dieciséis años antes pasaba a diario por nuestra casa. Yo percibía que gozaba de un estatus especial. Mi padre los dejaba a solas e iba de un cuarto a otro de puntillas para no importunar a aquellos dos «filósofos de bolsillo», como los llamaba. Le disgustaba el trasiego de vagabundos que había en la cocina de mi madre. A veces, en invierno, llegaban a presentarse seis o siete en una sola tarde.

Cuando ya no podía más, los paraba antes de que llegasen a la puerta y les pedía que se esfumasen y no volvieresen más. Louis, sin embargo, era una especie protegida. Le estaba permitido quedarse todo el tiempo que quisiera. Mi padre nunca entraba a saludarlo y darle la mano. Era como si sintiese vergüenza ajena al ver que un hombre podía caer tan bajo. Mi madre lo defendía recurriendo al «azote del alcohol». A él aquello no le parecía una disculpa. Entonces ella le preguntaba: «Pero ¿por qué bebe Jeppe?». Siempre tenía que decir la última palabra, y mi padre respondía con varios días de mutismo.

Si estaban allí, me inventaba todo tipo de pretextos para entrar en la cocina. Cuando terminaba lo que había ido a hacer, me escabullía sin hacer ruido hasta el taburete que se encontraba junto a los fogones y me hacía pequeñita e invisible con la esperanza de que se olvidaran de mí. Aunque me faltara poco para fundirme con el calor de los fuegos, me quedaba allí sentada hasta que me echaba mi madre, que pensaba que los niños no deben oír conversaciones de mayores. Hablar con Louis la absorbía hasta tal punto que a veces tardaba un rato en descubrirme. Yo deseaba con todas mis fuerzas que esa atención me la prestase a mí, y no a aquel hombre, y me preguntaba cuál habría sido su desgracia. Porque, al parecer, para despertar el interés de mi madre hacía falta una gran desgracia. Yo, lamentablemente, no tenía en mi haber ninguna de importancia, así que recurría a imaginar que era Louis. Intentaba completar los huecos de su apagada conversación acerca de algo ocurrido antes de mi nacimiento, cuando mis hermanos eran estudiantes e iban a la rígida escuela del pueblo, donde tantos años después yo tenía los mismos maestros y estudiaba en las mismas aulas frías y desangeladas que, como en los tiempos de mis hermanos, olían a tiza y a trapos húmedos.

Era mi madre quien llevaba la voz cantante, una vez que arrancaba ya no paraba. Por eso las palabras de Louis, cuando al fin conseguía intercalar sus breves y cínicos comentarios, tenían mucho más peso. Tras ellas se producían largos silencios, mientras cruzaba las piernas con ademán arrogante, encendía un cigarrillo con la colilla del anterior y tosía la leve nube de humo que le salía de los pulmones. Ella, con la sonrisa perdida, dejaba que su sabiduría le calara bien hondo. Sólo se soliviantaba si él empezaba a hablar del suicidio. De acuerdo con las creencias de mi madre, el suicidio era un pecado mortal. Las personas no tenían derecho a erigirse en dueñas y señoras de la vida y la muerte. Debían confiar en que Dios sabía qué era mejor para ellas. «Dios», gruñía Louis con desdén, «no tengo el placer de conocer a ese señor». «Cuidado con lo que dices», protestaba ella lanzando una mirada inquieta por encima de su hombro. «¿Estás ahí?», preguntaba pensativa. Yo me quedaba pegada a la silla sin pestañear. Ya no me decía más. Tal vez sólo estuviese hablando con uno de los demonios que había a su espalda. Un día me explicó que éstos siempre andan detrás de uno para poder atacarlo por la espalda, mientras que los ángeles permanecen a tu lado como fieles ayudantes. Louis se encogió de hombros y no quiso saber nada ni de ángeles ni de demonios. No eran más que paráfrasis de lo humano, alegó con lengua afilada. Yo agucé el oído. «Viejas supersticiones», prosiguió en tono burlón. Mi madre, a quien se podía acusar de muchas cosas, pero no de darse importancia, soltó una risita de colegiala.

«No me gusta que hables así», protestó una vez recobrada la compostura. «Me daría igual que me enterrasen en tierra sin consagrar como a los perros», insistió él con soberbia. De no haber ido tan harapiento y miserablemente vestido, habría sido un «hombre fino». Yo creo que eso, «lo fino», era lo que

le gustaba a ella. En el pueblo pensaban que «se las daba de fina». «Te enterrarían igual dentro del cementerio. Aquí no está prohibido suicidarse», replicó, y luego añadió: «como en Inglaterra». Por el momento, aquél era mi único conocimiento sobre Inglaterra, el país que nos había liberado de la ocupación: que allí suicidarse constituía un delito. Debía de ser un lugar interesante. «Pero ¿por qué te empeñas en seguir los pasos de Olga?», prosiguió mi madre en su lucha dialéctica contra sus propósitos suicidas. No era la primera vez que los oía hablar de tan tenebroso asunto como un posible remedio. A qué, no lo sabía, pero todos los inviernos esperaba acercarme un poco a una explicación.

Yo no comprendía que alguien se atreviera a suicidarse, que se atreviera a morir. «Vivir es hacer lo que nos da miedo», había leído en un libro de frases célebres. Para mi vergüenza, debía admitir que yo nunca hacía nada que me diese miedo, de manera que no tenía derecho alguno a contarme entre los vivos. Había de contentarme con una no vida y, en realidad, estaba muy satisfecha con mi posición en la sombra, pegadita a las paredes. Louis, al contrario que yo, era un valiente... Si morir le daba miedo, claro; si no, matarse no era una cosa del otro mundo. ¿Podía alguien tener ganas de morir, sin más?, me preguntaba a mí misma medio fundida en el taburete. «Yo no le sigo los pasos a nadie», protestó él, indignado ante las confianzas que se tomaba mi madre. «Tienes a tus hijos», le sermoneó. «Están mejor sin mí», contestó Louis. «Vergüenza debería darte», replicó ella furiosa. ¿Por qué conmigo nunca se enfadaba tanto? ¿Por qué sólo con Louis? Por mal que me portase, a mí sólo me acariciaba el pelo y me decía que ya aprendería cuando creciese. ¿Qué tenía que hacer para desatar su furia?